

DIANA F. DÉVORA

MONSTRUO
BUSCA
MONSTRUO



 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Diana F. Dévora, 2021
© de las ilustraciones: Diana F. Dévora, 2021
© de los marcos y el diseño de las fichas del final: Alejandra Hg, 2021
© de las guardas y fondos:
Djem/Shutterstock.com
ranjith ravindran/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: marzo de 2021

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Técnica Digital Press

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-97-5
Depósito Legal: M-31820-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*Para Aurora,
por ayudarme a mantener viva la llama
de esta historia durante tantos años.*



PREPARA EL PASAPORTE, ESTÁS A PUNTO DE ATERRIZAR EN ADRAX

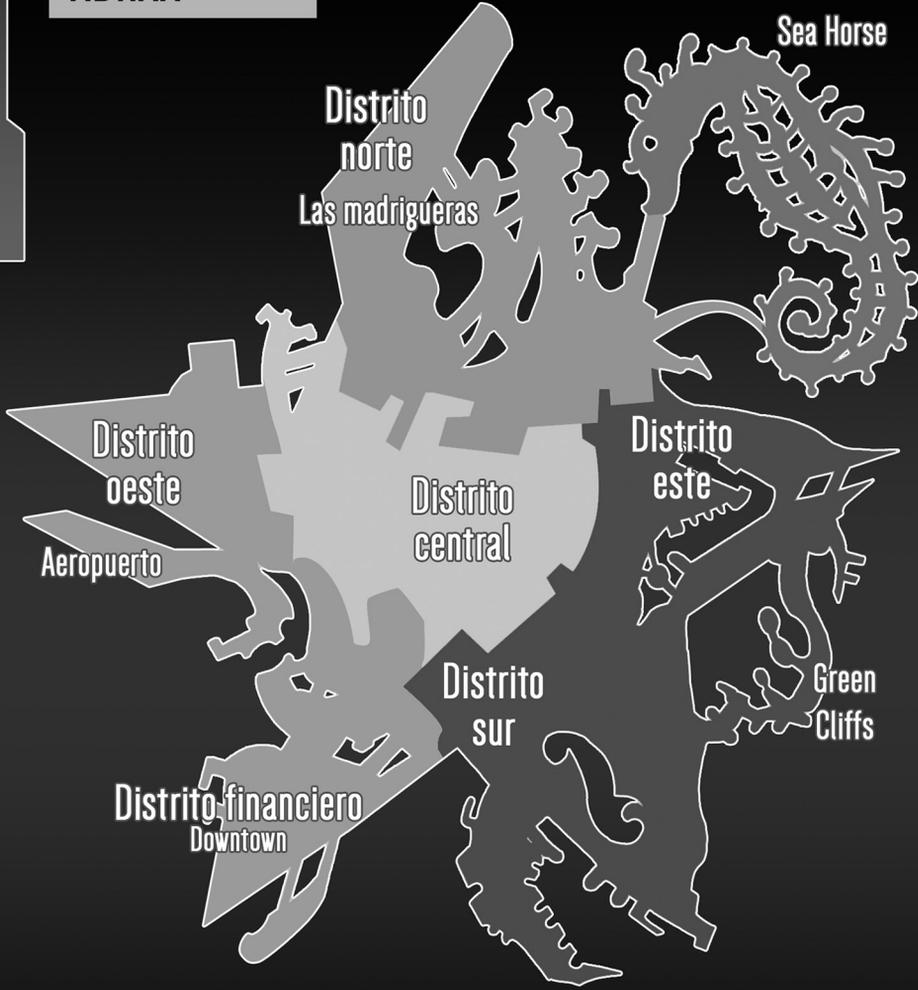
Pero antes necesito que sepas que, si tienes este libro físicamente en las manos, ha sido gracias al apoyo y esfuerzo de muchas personas.

Y hay algunas cuya ayuda ha sido tan esencial que es una necesidad imperante darles las gracias. Empezando por mi alma gemela, Aurora García, a la que dedico este libro por su paciencia infinita y por ser uno de los pilares de este proyecto. Gracias también a mis amigas Nuria y Yohanna, detectoras infalibles de laísmos y otras mededuras de pata. A Paloma, Nadia, y David, por sus observaciones y su contagioso entusiasmo, que me servía de combustible para seguir escribiendo.

A Irina, Paula y a todas las maravillosas personas de Nocturna que se han atrevido a creer en mí.

Y, cómo no, a mis queridas lectoras: Alex, Fidjie, Didi, Mado, Ita, Javier y muchas más, cuyos comentarios me acompañaron y animaron en este viaje que fue publicar *online* esta historia. Gracias a ellas, nunca me planteé tirar la toalla.

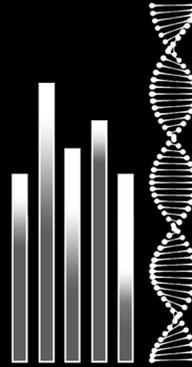
ADRAX



SUMMER



FILE: SU-00005



GENDER: FEMALE
HEIGHT: 1.75
AGE: 18
EYES: ORANGE/RED
HAIR: BLACK
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



AIDAN



WILL



AKIRA



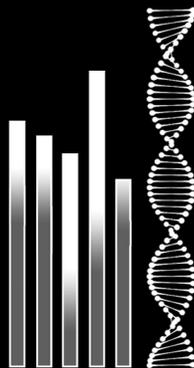
ZOE



RAYO NEGRO



FILE: RN-00006



GENDER: MALE
HEIGHT: 2.02
AGE: 23
EYES: BLUE
HAIR: WHITE
TRACK: ACTIVE
LOCATION: ADRAX



NEON



IRINA



CONOR





01 ADRAX

«Vaya cagada».

Esas fueron las palabras que le vinieron a la cabeza. Nada de *accidente* o *mala suerte*, no. ¿Para qué engañarse? Sabía que tanto su jefe como sus compañeros no dudarían en echarle la culpa. Las adversidades quedaban fuera de la ecuación cuando se trataba de ella. No importaba las explicaciones que diese, lo que contaba eran los hechos. Y era un hecho que aquel tipejo había acabado con la cabeza abierta al golpearse contra el inodoro. Decir que ella sólo le había dado un empujoncito y que la fatalidad había hecho el resto era irrelevante.

La rabia la invadió al mirar al individuo, muerto sobre el suelo de uno de los dos retretes que había en aquellos aseos para mujeres. El charco de sangre que manaba de su cráneo iba en aumento y complicaba la tarea de borrar el estropicio.

«Puto imbécil, ya podía haberse quedado quietecito en su sitio».

Summer se fijó en la imagen que le devolvía el espejo. Su ceño fruncido desentonaba con el disfraz que llevaba aquella

noche. Peluca rubia, vestido sexy y actitud atolondrada, el clásico cliché de la guapa tonta. Un papel que, aunque hecho a medida para su atractivo físico, se le atragantaba. Sobre todo cuando los orcos a los que debía engañar se tomaban demasiadas confianzas con ella. Y aunque evitaba a toda costa provocarlo, a veces simplemente ocurría, y entonces la situación acababa en desastre.

Se sobresaltó al oír unos suaves golpecitos en la puerta, pero se serenó al deducir que debía de ser su compañero. Habían acordado reunirse en aquellos servicios, aprovechando que el club de *striptease* donde se encontraban estaba cerrado a la clientela en ese momento y que las chicas que trabajaban allí tenían sus propios aseos en los vestuarios privados. Aquel rincón del local les mantenía a salvo de ojos y oídos curiosos.

Entornó la puerta lo justo para poder echar una ojeada y cerciorarse primero. En efecto, allí estaba Will, vestido de camarero. Llevaba un par de días infiltrado en el club.

—¿Lo tienes? —preguntó este.

Summer se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Sí, pero ha habido un problemilla.

—¿Qué proble...? —Will no llegó a terminar la frase, sus ojos habían dado con el cadáver. Entró en el cuarto de baño y echó el pestillo—. ¿Te lo has cargado? —dijo en un susurro que sonó demasiado alto.

—Ha sido causa de fuerza mayor —replicó Summer al tiempo que le entregaba un móvil—. Pero conseguí esto.

—Qué menos... —Will lo conectó a un pequeño dispositivo que servía para hackear el teléfono y copiar toda la información que había en él—. ¿Qué pasó? ¿Te descubrió?

—No, fue el *posible inconveniente número dos* —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Ante eso, Will se quedó boquiabierto.

—¿Me estás diciendo que lo has matado por intentar ligar contigo?

—Se puso bastante pesadito, ¿vale? —se defendió mientras su compañero se pasaba una mano por el rostro en un gesto de resignación—. Me siguió hasta aquí y no sabía estar con las manos quietas. Sólo le empujé un poco para quitármelo de encima.

—Dios, Summer, eres un ángel de la muerte.

—Lo que tú digas. Pero te encargas de esto, ¿no? Yo tengo que volver con Akira antes de que empiecen a mosquearse.

—Claro, ahora mismo. Saco mi varita mágica y lo hago desaparecer. Tú no te preocupes —soltó Will con su particular humor—. Pero no deberías tener tanta prisa por volver arriba. Ahora creen que estáis juntos, pero en cuanto vean que tú vuelves y él no, sí que se van a mosquear.

Will tenía razón; en su apremio por acudir en ayuda de su otro compañero, no había caído en aquel detalle.

—Lo tenemos jodido, ¿verdad? —suspiró.

—Pues espera a ver cuando se entere Aidan. Como no saquemos nada útil de aquí —dijo él, y alzó el móvil del difunto—, estaremos como al principio.

Aidan era su jefe, y no tenía compasión a la hora de descontarles del sueldo las pérdidas ocasionadas por meteduras de pata, aunque los gastos consistieran en unas balas de más. Si aquella investigación de casi un mes de trabajo finalmente se iba al traste, sus bolsillos sufrirían terribles consecuencias.

—Hay que largarse. Subiré y diré que... ¿Cómo coño se llamaba? —se interrumpió Summer, señalando al muerto.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes la memoria más increíblemente selectiva que he conocido nunca?

—Mi memoria va de puta madre, otra cosa es que yo quiera malgastarla con chorradas.

—Se llamaba Viktor —dijo Will tras menear la cabeza.

—Pues esto es lo que haremos —continuó ella—: diré que Viktor se ha quedado hablando por teléfono. Eso nos dará unos minutos a Akira y a mí. Tú vete ya, sal por la puerta de atrás y espéranos con el coche preparado.

—De acuerdo. —Will se puso en marcha de inmediato, dejándola de nuevo a solas.

Summer terminó de esconder el cadáver en el excusado y cerró la puerta. De ese modo, para descubrirlo tendrían que molestarse en entrar en los aseos. Después salió y tomó las escaleras que subían a la segunda planta, donde su otro compañero seguía reunido con el resto de la escoria con la que estaban intentado llegar a un acuerdo.

No había una definición mejor para lo que era aquella gente. Pertenecían a una de las bandas de mafia ucraniana más violentas que actuaban en la ciudad. Bajo su control se hallaba una red de tráfico ilegal de todo aquello que les resultara provechoso, en especial drogas, armas, mujeres y mercancías robadas. Una inmundicia que merecía ser borrada de la faz de la tierra, sin duda.

Pero no estaban allí por ellos, sino porque eran el único puente que se les había presentado hacia su verdadero objetivo: un asesino bastante escurridizo conocido como el Domine. Pocas cosas habían podido averiguar del tal Domine desde que les contrataron para cap-

turarlo, y una de ellas, su mejor pista, era que planeaba comprarles a aquellos mafiosos un cargamento robado de armas biológicas de última generación.

De modo que habían acudido a aquel prostíbulo, camuflado de club de *striptease* y sostenido a base de esclavas y drogas, con la intención de averiguar cuándo y dónde tendría lugar la transacción o, al menos, conseguir toda la información posible sobre dicho cargamento. El plan era sencillo, Akira se haría pasar por un excéntrico millonario interesado en armas pesadas que quería revisar el género antes de comprarlo, y ella era simplemente su rollete. Sólo tenía que limitarse a dar la impresión de tener pocas luces, reír cada una de las gracias y bravuconadas que surgieran en la conversación y, en algún momento de la reunión, sustraer discretamente el móvil del cabecilla de la banda.

Pero, después de aquel incidente, lo más probable era que si les enseñaban algún arma sería para meterles un tiro entre ceja y ceja.

Para cuando llegó al reservado donde estaba su compañero con otros cuatro individuos, sabía con precisión cuántos gorilas había en el local y en qué lugar se encontraba cada uno. Akira, a pesar del seudónimo por el que se le conocía, no tenía ni una sola gota de sangre japonesa corriendo por sus venas. De hecho, se parecía a aquellos matones de Europa del Este. También poseía una considerable estatura, corpulencia, una mandíbula fuerte y el cabello de color castaño claro, corto. Aunque, al menos, no era tan feo como esos tipos.

—Ah, ya estás de vuelta, preciosa —dijo él al verla llegar.

No importaba las veces que se hicieran pasar por una pareja, nunca dejaría de parecerle chocante escuchar palabras acarameladas en boca de su compañero. Rápidamente, le hizo una seña imperceptible

salvo para él, el preocupante y habitual aviso de «tenemos que salir de aquí a toda hostia». Akira utilizó el comodín de la llamada de urgencia. Fingió que alguien le llamaba para después usarlo como excusa para marcharse. Mientras su compañero comenzaba su actuación, uno de los tipos le preguntó de malos modos por Viktor.

—Se ha quedado hablando por teléfono —mintió, como había planeado.

Vio al hombre ordenar a uno de sus gorilas que bajara a comprobarlo, y tuvo que maldecir la desconfianza innata de aquellos mafiosos. Sabiendo lo que venía a continuación, tiró de la manga de la chaqueta de Akira para que se colocara tras ella mientras este improvisaba una disculpa de despedida.

En efecto, el subordinado subió al instante gritando algo en su idioma que no hacía falta entender. Los tres tipos que quedaban no tardaron ni un segundo en sacar sus pistolas para descargarlas sobre ellos, pero ni aun así fueron lo bastante rápidos. Summer se movió como sólo ella podía hacerlo: a una velocidad sobrehumana. Cargó primero contra el matón que tenía más cerca, a su izquierda; le hundió la caja torácica de un puñetazo y el hombre cayó fulminado. El siguiente, el tipo que le había hablado, llegó a disparar antes de que ella se le echara encima.

El ucraniano comprobó pasmado que el disparo que debería haber reventado la cara de aquella mujer sólo le había hecho una herida superficial en la mejilla. La vio cerrarse hasta desaparecer, dejando únicamente el hilo de sangre que se había derramado. Pero no fue eso lo que le aterrizó hasta la médula, sino los ojos de ella. Unos ojos cuyos iris brillaban como brasas encendidas. La mujer ya no era rubia: había perdido la peluca y unos cabellos negros caían sobre su rostro.



Ni remotamente seguía pareciendo inofensiva, y creyó estar delante de un demonio.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Ella atrapó la mano con la que sujetaba la pistola y presionó. Se oyó un crujido al tiempo que un dolor agudo le recorrió el brazo. Sintió cómo se le quebraban los huesos que habían quedado atrapados bajo esa brutal tenaza. Fue incapaz de reprimir el alarido que escapó de su garganta. Y, entonces, una patada a la rodilla le destrozó la pierna, transportándole a una nueva dimensión de dolor que le dejó sin conocimiento.

Cuando terminó con aquel tipo, Summer comprobó que Akira se había deshecho de los otros dos con un par de disparos certeros.

—He contado seis más —le avisó.

Su compañero asintió y fue a cubrirse tras una columna. Tenían la ventaja de encontrarse en el piso de arriba, cuyo único acceso eran dos escaleras diferentes, una a cada lado de la sala. Así que podían cubrir ambos flancos con facilidad. Pero sabían que aquellos hombres no eran tontos y no subirían hasta allí para ponerse a tiro. Tampoco podían correr el riesgo de que alguno escapara o pidiera refuerzos, así que no quedaba otro remedio que bajar.

Summer cogió el arma de uno de los caídos y se dirigió a una de las escaleras, mientras que Akira fue por la otra. En la sala de abajo, donde se encontraba el amplio escenario que utilizaban las *strippers* para sus bailes, les esperaban a cubierto el resto de ucranianos que había en el local.

Akira logró alcanzar la barra y, resguardándose detrás, abrió fuego. Summer, en cambio, no se molestó en esconderse; corrió hasta derribar al primer tirador y después usó el cuerpo de este como escudo mientras cruzaba la sala acabando con la vida de aquel que le salía al paso.

En apenas cuestión de segundos habían eliminado a todos.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? —le preguntó Akira cuando cesó el tiroteo.

—El jefe, tuve que cargármelo —explicó sin entrar en detalles.

—¡Joder! —exclamó. Se le veía molesto y decepcionado. Y Summer adivinó lo que venía a continuación.

—Espera —le dijo, alzando la mano—. Antes de que empieces a gruñir, sígueme. Tengo una idea.

—Me fío yo de tus ideas. —El otro resopló, pero accedió y la siguió de nuevo escaleras arriba.

En el reservado, Summer se acercó al tipo al que había partido la rodilla y vertió en su cara uno de los vasos de whisky que les habían servido. El hombre volvió en sí lentamente y, al verla, entró en pánico. Trató de retroceder arrastrándose de espaldas, pero apenas podía moverse. Su gesto torcido, sus gimoteos y sus temblores dejaban claro que sufría unos dolores espantosos. A pesar de eso, el miedo del que era presa era aún más palpable.

Agachada en cuclillas delante de él, Summer lo contemplaba casi divertida.

—Hablemos.

El mafioso balbuceó algo en ucraniano. Intentó arrastrarse de nuevo, pero ella le sujetó del tobillo de la pierna rota. El tipo gritó.

—No será una conversación muy larga si no entiendo lo que dices, ¿no crees?

—Suéltame, monstruo —murmuró él.

Resultaba sorprendente el cambio radical que había dado aquel hombre, tan rudo y amenazante como se había mostrado al principio de la noche, para acabar convertido en un saco tembloroso de

lágrimas, babas y pis. Pero Summer había visto esa transformación demasiadas veces, ya estaba acostumbrada.

—Así que «monstruo», ¿eh? —dijo, y cerró los ojos. Al abrirlos, unas inquietas llamas surgieron de sus pupilas, iluminando su rostro con un halo diabólico que casi detiene el corazón de su prisionero—. ¿Quieres ver cómo me como tus entrañas, hijo de puta?

El tipo abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Se había quedado lívido.

—Elige: o me das tus riñones o respuestas —lo amenazó. Él asintió nervioso—. ¿Dónde guardáis el cargamento que vais a venderle al Domine?

—En..., en un almacén del muelle sur —dijo con dificultad el hombre—, a nombre de R-Tech Logistics.

—¿Qué contenedor? —preguntó Akira.

Antes de que el mafioso contestara, Summer sintió el palpito de su instinto, como un resorte en su cabeza que la avisaba cuando algo iba a mal.

—¡Al suelo! —gritó, y se echó sobre Akira para cubrirle con su cuerpo justo cuando la ráfaga de una ametralladora caía sobre ellos. Varios disparos la alcanzaron en la espalda, rasgándole el vestido y la piel.

Akira respondió disparando desde el suelo al matón que había subido en silencio y había logrado sorprenderles. Le acertó en plena frente y el tipo se desplomó. De inmediato, Akira se levantó y echó un vistazo a las escaleras para asegurarse de que no había nadie más.

—Parece que contaste mal —le dijo a su compañera, la cual se incorporaba y examinaba los daños sufridos.

Una de las balas le había dado en el omóplato. No había llegado a alojarse en su cuerpo, solían salir rebotadas al chocar contra sus músculos o huesos. Y, aunque las heridas sanaban al instante, dolía.

—Hay que ver lo que escuece esto —protestó—. ¿Tú estás bien?

—Sí —contestó él—. Pero me temo que nuestro amiguito no podrá decirnos mucho más.

Se volvió para comprobar lo que ya había deducido de aquellas palabras. Su prisionero había recibido parte de la ráfaga y estaba muerto, de modo que seguían sin disponer de la información más importante.

—Mierda.

—Salgamos de aquí —sugirió Akira.

Ambos se encaminaron a la puerta de salida. Una vez fuera, encontraron a Will esperándoles en una calle colindante con el coche, un monovolumen de color oscuro, en marcha. Corrieron hacia él.

—Chicos, si queráis quedaros a tomar la última, haberme avisado —bromeó Will mientras subían al coche.

—¿Has hablado con Aidan? —quiso saber Summer cuando se pusieron en marcha.

—Sí —contestó Will—. De hecho, lo tengo en espera. Quería hablar contigo cuanto antes.

—Claro, cómo no... —suspiró resignada. Cogió el auricular *bluetooth* que le tendía su compañero y se lo colocó en la oreja—. Dime, jefe.

—Summer —dijo la voz de Aidan a través del dispositivo—, me han dicho que te viste obligada a eliminar al cabecilla antes de que os descubriera y que la información conseguida no se ha visto comprometida, ¿es cierto?

—Así es —contestó. Vio cómo Will le guiñaba el ojo a través del espejo retrovisor y ella articuló un «gracias» sin emitir sonido por tener el detalle de no delatarla—. Además, sabemos en qué almacén se encuentra el cargamento.

Al hacer tal aseveración, Akira la miró escéptico y negó con la cabeza.

—Podemos ir ahora mismo a buscarlo —propuso ella—, nos hacemos con él y lo usamos para tenderle una trampa a ese Domine.

—¡Maldita sea! Will, pon el manos libres —pidió Akira, molesto.

Su compañero accedió y, pulsando un botón del sistema multimedia del coche, la llamada pasó a ser pública para los presentes.

—Aidan, no es tan sencillo —le explicó Akira—. No sabemos el número de contenedor, ¡habrá centenares! Y después de la que hemos montado en el club de *striptease*, los hombres de Viktor no tardarán en ir tras nosotros. El primer sitio que registrarán será el almacén.

—¿Y eso por qué? —replicó ella.

—Porque les insistimos en que nos llevaran a ver las *aaaarmas* —dijo él arrastrando la última palabra con sarcasmo, convencido de llevar la razón.

—Pero están todos *fiaaaaambres* —le imitó.

—¿Y si se nos escapó alguno? No es tan imposible, ¿no? —le echó en cara él.

—¡Ya basta! Escuchad —ordenó Aidan, y ambos callaron—. Es verdad que hay riesgos y que Summer está dando muchas cosas por hecho, como hace siempre, pero creo que merece la pena echar un vistazo a ese almacén. Haced copia de los discos duros y de los documentos del último año. Y quiero ese almacén bajo vigilancia desde ya. Poned cámaras y pinchad los teléfonos... ¿Dónde es?

—Muelle sur, almacén a nombre de R-Tech Logistics —respondió Summer mientras le mostraba a Akira una bonita vista de su dedo corazón extendido.

—Muy bien. Mandaré a Zoe allí con el equipo. Yo seguiré revisando los datos que Will ha extraído del teléfono de Viktor. Si averiguo algo, os lo haré saber. En marcha —dijo su jefe, y antes de colgar, les advirtió—: Y más vale que no os descubran esta vez.

—Pues, hala, ya lo has oído, Will. Al puerto. —Summer se costó en el asiento, se pasó las manos por detrás de la cabeza y fingió ignorar la mirada resentida de Akira.

Will también observó a este último con una sonrisilla.

—No te preocupes, Aki, será entrar y salir —le dijo.

—Tío, qué fácil es hablar cuando mantienes tu culo a salvo mientras los demás recibimos las balas —le reprochó Akira.

Al lado de su fornido compañero, Will era un tipo corriente: estatura media, constitución estándar, sin rasgos destacables. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni guapo ni feo... Casi podía decirse que su aspecto era anodino; además, solía cambiar de estilo de vez en cuando.

Últimamente llevaba el pelo corto teñido de negro y peinado hacia arriba. Era el más adecuado para las infiltraciones, ya que solía pasar desapercibido. Sabía cómo usar un arma y defenderse; sin embargo, no estaba hecho para la acción. Tenía otras muchas habilidades que lo hacían muy valioso trabajando en las sombras. Por eso, aunque tenía parte de razón, la pulla de su compañero estaba fuera de lugar. Así que se limitó a ignorarla.

—Akira, haznos un favor. Retírate y pon una granja. —Fue Summer la que no pudo estarse callada. A Will se le escapó una risita mientras que el aludido se indignaba aún más.

—Que conste que no me estoy quejando de mi trabajo, es sólo que me jode perder el tiempo y correr un riesgo inútil.

—Si eso fuera cierto, no te molestarías en salir a ligar —se burló ella.

—Oíd, chicos. —Aunque estaba disfrutando, Will se vio obligado a cortar la conversación tras comprobar una alerta en la pantalla del GPS—. Hay atasco en el camino más corto hacia el puerto. ¿Qué hacemos?

—Rodéalo —sugirió Akira.

—¿Cómo? Si me meto por el centro será peor. Ya sabes cómo se pone los viernes por la noche.

—¿Y la autovía que conecta el aeropuerto con Seahorse? —dijo Summer. Se trataba de una carretera especial que ofrecía un acceso directo al aeropuerto a los residentes del complejo urbanístico más lujoso de la ciudad: cruzaba las zonas más bulliciosas elevándose por encima. Para poder acceder a ella se necesitaba un permiso especial, un documento del que tenían varias falsificaciones.

—Bien visto. La penúltima salida antes de llegar al aeropuerto nos deja bastante cerca —recordó Will, e introdujo la nueva dirección en la pantalla del GPS. Este avisaría si había algún accidente, obras u otro imprevisto con el que pudieran toparse—. Parece que el camino a *Pijolandia* está libre. Bendita Adrax y sus *macroproyectos* —comentó con sorna.

Aprovechando que los ánimos se habían calmado, Summer se apoyó contra la ventanilla y se puso a reflexionar en lo que acababa de decir su compañero.

«Adrax».

No podía evitar sentir que, en cierta manera, aquella ciudad era como una extensión de ella. Había llegado a conocerla como la

palma de su mano. En todas sus facetas, tanto las buenas como las malas. Quizás era precisamente la cara más cruda la que mejor conocía, aunque no por ello era un lugar menos especial.

Muchos dirían que su principal peculiaridad era que se asentaba sobre una isla artificial, construida en aguas internacionales del océano Atlántico. Nunca se había molestado en averiguar qué sistema habían usado para mantenerla a flote y bien sujeta, pero lo que sí sabía era que había acabado convertida en algo muy diferente a lo que en un principio se pretendía.

Querían que fuera una ciudad modelo y libre, nación de naciones. Se convertiría en un reclamo para el turismo mundial y base de importantes acontecimientos diplomáticos. Un proyecto multimillonario del que decían que convertiría a Dubái en un chiste. Se involucraron las principales naciones del primer mundo, colmadas de subvenciones e ideales. Pero, como es lógico, no tardaron en surgir unas desavenencias que retrasaron el proyecto y causaron pérdidas. Lo exprimieron los corruptos, que vieron una oportunidad de hacerse ricos. Y, cuando el dinero empezó a desaparecer, se perdieron también los principios.

No quedó más remedio que aceptar el apoyo económico de fuentes menos limpias. Se unieron inversores que tenían otras aspiraciones y a los que hubo que contentar, todos querían llevarse su pedacito de pastel. Todo lo que inicialmente se ideó terminó tergiversado por múltiples voces que querían diseñar aquel lugar al modo que más le convenía a cada una.

Al final, la isla vio la luz. Un paraíso de lujo y placeres construido en un caos de corrupción e intereses creados. Algunos consideraban que debía incluirse entre las nuevas maravillas del mundo, para otros

era el mayor despropósito ideado por el hombre. Los más radicales la temían y la condenaban como un grandísimo pecado, una Sodoma y Gomorra fusionada con la torre de Babel que acabaría despertando la ira de Dios.

«Chorradas...».

La única realidad era que, pese a las diversas opiniones, Adrax llamaba el interés del mundo entero. Con una de las legislaciones y sistemas de justicia más blandos y fácilmente sobornables que existían, si tenías dinero, allí podías hacer prácticamente de todo; si no, era una tierra prometida a donde ir a buscar un futuro mejor. De ahí que fuera un potente imán para toda clase de alimañas, que acudían a picotear de los múltiples cadáveres que aquella ciudad guardaba entre sus cimientos.

Pero, gracias al excedente de bazofia, Summer y sus compañeros tenían trabajo. Juntos constituían el mejor grupo de mercenarios que operaba en la isla. Siempre que alguien necesitaba ayuda con la basura y estaba dispuesto a soltar una buena cifra, acudía a ellos. Solían trabajar con discreción y cumplir los plazos. Eran jóvenes, pero estaban bien entrenados y preparados. Y lo más importante: la tenían a ella.

Porque, si había algo aún más oscuro y letal que se ocultaba en esa ciudad, eran los monstruos.

Monstruos como ella.



El puerto marítimo seguía siendo un enjambre de actividad a aquellas horas de la madrugada. Los barcos llegaban y partían, las impo-

nentes grúas seguían en movimiento cargando y descargando contenedores, y los estibadores pululaban por los muelles concentrados en su rutina laboral. La tranquilidad de la noche se empezaba a notar al alejarse un poco del mar, en las zonas colindantes, donde se encontraban las naves para el almacenaje y posterior distribución de mercancías. Muchas habían cerrado sus puertas y no las abrirían hasta la mañana siguiente. Por suerte para Summer y sus compañeros, el almacén de los ucranianos se hallaba entre estas.

A una distancia prudencial de dicha nave, los esperaba una furgoneta negra. En un gran adhesivo colocado en los laterales del vehículo se podía leer el nombre de la empresa de mensajería a la que supuestamente pertenecía: Wonder Shipping Services, una de las muchas tapaderas que solían utilizar. Aparcaron cerca de ella y vieron cómo bajaba a recibirles Zoe, la compañera de batallas que faltaba. Era una joven de cabellos rojos que, aunque sólo tenía diecisiete años —la mayoría de edad legal en Adrax—, se había ganado un puesto en aquel peculiar grupo de mercenarios.

La chica les abrió las puertas traseras de la furgoneta para que subieran. Dentro, y colocado de tal forma para aprovechar el espacio de la mejor manera posible, disponían de un equipo informático compuesto por varias pantallas y ordenadores, un asiento individual y otro más ancho donde, aunque un poco apretadas, cabían dos personas. Si a estos se le sumaban las tres plazas de la parte delantera, tenían sitio de sobra para los cinco miembros del equipo.

Will tomó asiento en el taburete frente a las pantallas y encendió el equipo, mientras Zoe, que ya había sido puesta en antecedentes de lo ocurrido en el club, les tendía una bolsa de viaje a Akira y a Summer.

—Vuestra ropa —señaló, y después comentó—: Así que habéis cabreado a unos mafiosos de Europa del Este, ¿eh?

—Sí, ¿a que es genial? —intervino Will, lanzándole una mirada cómplice.

—Menos cachondeito —dijo Akira en tono cortante.

Los otros dos le vieron coger su ropa y volver al monovolumen a cambiarse; Summer hizo un gesto con la mano en el aire como quitándole importancia.

—No le hagáis caso. Está con la regla —susurró, y empezó a cambiarse dentro de la furgoneta. La ropa que le habían dado para la misión consistía en unos vaqueros de color oscuro, unas zapatillas de tela de tobillo alto y una camiseta negra de tirantes. Por la calidad de las prendas se deducía que era ropa de mercadillo barato.

—¿De dónde sacas estas mierdas, Will? —le preguntó. A excepción de las armas, que eran especialidad de Akira, una de las tareas de Will era abastecer al grupo del material que pudieran necesitar. Y, dada la falta de paciencia y ojo de Summer para la moda, en su caso también le hacía el favor de mantener bien provisto su armario.

—¿Eso importa? —replicó su compañero.

—No mucho, pero de esto a llevar una bolsa de basura sujeta con pinzas falta poco.

—Lo siento, son exigencias de Aidan —le aclaró él—. Como lo acabas destrozando todo, insiste en que no te compre cosas caras.

Ella se encogió de hombros y terminó de vestirse. Al poco, Akira regresó ya preparado con su equipo de asalto, similar al que llevaba Zoe: pantalones militares con un estampado gris y negro, guantes, botas altas y una camiseta negra sobre la que se había puesto un chaleco antibalas. Cogieron varias armas para los tres y

se repartieron las cámaras y los micrófonos que debían instalar en sitios estratégicos del almacén. Por último, se colocaron unos pequeños auriculares que les permitirían comunicarse entre sí en una frecuencia segura.

—Teniendo en cuenta que usan el almacén para chanchullos, dudo que tengan un sistema de videovigilancia —dijo Will mientras revisaba unos datos que aparecían en su pantalla—. Pero el puerto sí dispone de uno. Así que sería de gran ayuda que lo pincharais, ¿vale?

Le dio a Zoe un dispositivo para dicha tarea, bastaba con conectarlo a una de las cámaras del circuito de vigilancia. Después vio cómo los tres se marchaban por caminos separados y no tardó en perderles de vista. A los pocos minutos, recibió un aviso en el ordenador de que el dispositivo había sido conectado y estaba empezando a piratear la señal. Una de las pantallas se dividió en varios recuadros, en los cuales comenzaron a mostrarse las imágenes de las calles más próximas al almacén, e incluso vistas de la parte frontal y posterior de las naves.

—Hecho. ¿Lo recibes, Will? —preguntó la voz de Zoe a través de sus auriculares.

—Perfectamente. Muchas gracias, amor.

—Oye, Will, ¿qué te tengo dicho del acoso laboral? —intervino Akira. Al usar la misma frecuencia, todos podían oír y participar en la conversación.

—Vamos, no te pongas celoso. A ti también te quiero —bromeó Will, y le lanzó unos sonoros besitos.

—Tíos, no me hagáis reír ahora —susurró Summer—, que tengo a cuatro delante.

—¿Ya estás dentro del almacén? —se sorprendió Akira.

—Están hablando entre ellos —continuó ella—. Esto promete. Parece que les han llegado noticias de lo del club.

—Procura que no disparen.

Summer no contestó. Se sucedió un corto silencio antes de que volvieran a escuchar su voz.

—... de mamones —murmuró antes de anunciar—: Solucionado. Creo que ya no queda nadie. ¿Os abro la puerta?

—Gracias, pero prefiero comprobarlo por mí mismo. Zoe y yo entraremos por detrás, como habíamos planeado —replicó Akira.

—Vaaale, no era yo la que tenía prisa.

Tras un suspiro de hastío, Akira cedió:

—De acuerdo, ábrenos.

Pese a estar destinada al contrabando ilegal, el interior de aquella nave era bastante corriente, con sus muelles de carga para camiones, sus carretillas elevadoras... Incluso tenían un módulo dispuesto para una pequeña oficina apostado en un lateral. Y por supuesto, lo más llamativo, los centenares de palés y contenedores pequeños que, apilados en torres, llenaban largos pasillos hasta el final del almacén.

Summer les esperaba dentro, sentada en una silla ante la entrada de la oficina, comiendo una bolsa de patatas fritas cuya procedencia prefirieron ignorar.

—¿Y los ucranianos? —le preguntó Akira.

—En ese contenedor azul. —Y señaló, usando una patata como puntero, uno de los contenedores de la fila más cercana.

—¿Muertos?

—¿Es una pregunta retórica?

—Espero que al menos no hayas dejado rastros —dijo meneando la cabeza con resignación. Apenas había acabado de echar un vistazo al recinto cuando recibieron el aviso de Will.

—Chicos, os paso con Aidan.

Oyeron un ligero pitido y, a continuación, la voz de su jefe invadió sus auriculares:

—Dejad lo de las cámaras. Necesito que comprobéis algo —les ordenó.

—Aún no hemos puesto ninguna —comentó Summer.

—¿Qué pasa, Aidan? —quiso saber Akira.

—He encontrado un código de identificación entre las conversaciones de Viktor, estoy casi seguro de que es el contenedor que buscamos —contestó este—. Summer, tú y Zoe os encargaréis de buscarlo. Akira, consigue un camión. Cargadlo y salid de ahí lo antes posible.

Tras darles el código, Aidan cortó la comunicación y los tres compañeros se pusieron en marcha. Akira cogió de un armario metálico de pared que había junto a la entrada varias de las llaves de los camiones y salió fuera. Summer y Zoe entraron en las oficinas a buscar la situación exacta de dicho contenedor; dar con él entre todas aquellas pilas podría llevarles horas.

Acceder al registro de mercancías a través de un ordenador fue fácil. Sin embargo, al introducir dicho código en el campo de búsqueda, el registro no les devolvió ningún resultado.

—No jodas... —maldijo Summer—. Prueba otra vez.

Zoe volvió a escribirlo y comprobaron con detenimiento que todos los caracteres eran correctos. Pero la respuesta del programa fue la misma.

Tras chasquear la lengua, Summer retrocedió hasta la puerta de la oficina.

—Mira a ver si Will puede hacer algo, yo voy a probar suerte —dijo antes de encaminarse hacia el primer pasillo de la nave.

—Will, necesito ayuda —pidió Zoe, ahora a solas ante la pantalla de ordenador.

—Bueno, si me lo pides así... —contestó él con su habitual actitud desenfadada.

—Hemos intentado buscar el código del contenedor en el registro de mercancías, pero no aparece. Summer ha empezado a investigar por el almacén, pero hay cientos de ellos.

—Comprendo. ¿Llevas un ariete?

—Sí —respondió Zoe al tiempo que sacaba un diminuto dispositivo informático de uno de los bolsillos de su pantalón.

—Conéctalo y dame unos minutos. Me juego el cuello a que ese registro no es el único que tienen.

Zoe conectó el aparato al ordenador y, casi de inmediato, la pantalla se tornó negra y unas interminables líneas de texto blanco fueron apareciendo de arriba abajo a una velocidad endiablada. Una señal de que, tal y como su apodo indicaba, el ariete estaba abriendo un agujero en la seguridad del sistema, permitiendo a Will acceder a él a distancia.

—Will, voy a ayudar a Summer.

—De acuerdo. Yo os avisaré en cuanto encuentre algo.



Akira se subió a uno de los camiones que había aparcados en la parcela exterior de la nave. Eliminados los ucranianos, y con el circuito de cámaras de vigilancia pinchado y controlado por Will, podían moverse con cierta libertad, cargar el contenedor y marcharse de allí sin llamar la atención. Teniendo en cuenta la particularidad del lugar donde se encontraban, lo más seguro es que ningún guardia de seguridad se atreviera a meter las narices en lo que tomarían por un asunto de mafias.

Estaba a punto de arrancar cuando oyó el pitido que anunciaba que Will le había pasado una llamada exterior. De nuevo, se trataba de Aidan.

—Akira, le he pedido a Will que me ponga contigo en privado, ¿estás solo?

Tras años trabajando juntos, Akira había aprendido a percibir cuándo su jefe traía malas noticias, y aquello no le dio buenas vibraciones.

—Sí, dime, Aidan.

—Tenemos un problema —le advirtió este, confirmando su presentimiento—. Necesito que seas rápido y muy discreto con lo que te voy a pedir.

—¿Qué...?

—Tienes que procurar mantener a Summer alejada de ese contenedor. Que nadie lo abra, y mucho menos ella. Es peligroso.

—¿Cómo que peligroso...? No será una puta bomba atómica, ¿verdad? —inquirió en un tono notablemente inquieto.

—No, no me estás entendiendo —le corrigió su jefe—. El peligro no está en ese contenedor.

—Aidan, tienes que decirme de qué coño va esto.

Akira le oyó emitir un corto suspiro mientras se tomaba un segundo antes de contestar:

—Prométeme que no se lo dirás a ella.

Ahora fue él quien necesitó un momento, consciente de que, si cumplía dicha promesa, lo más seguro era que tuviese que mentir a su compañera.

—De acuerdo —aceptó al final.

—Verás —comenzó Aidan—, he conseguido averiguar la procedencia de las armas biológicas.

—¿No pertenecían a la multinacional farmacéutica esa...? —le interrumpió—. ¿NeoVida?

—NeoVida las tenía almacenadas —explicó Aidan—. Pero fue otra empresa la que las desarrolló, una empresa de biotecnología que hace años tenía su sede aquí, en Adrax. A raíz de un accidente que destruyó por completo sus instalaciones, la empresa quebró y fue adquirida y desmantelada por NeoVida.

—Espera, espera, ¿por qué me suena tanto todo esto?

—Porque ya los habíamos investigado, Akira. Se trata de Kimantics. Se quedó mudo unos instantes, asimilando lo que aquella revelación implicaba.

—No me extraña que no quieras que Summer se entere.

—Ahora que lo entiendes, será mejor que te des prisa —le aconsejó su jefe.

—Desde luego —aceptó él.

Después de que su auricular volviera a quedarse en silencio, Akira alzó la mirada para fijarla en la fachada del almacén, a unos veinte metros de él. Había algo que le preocupaba infinitamente más que la amenaza de esa banda de mafiosos sedientos de venganza, o tener que ingeniárselas para mantener a raya la curiosidad de Summer, algo en lo que antes no había reparado; se había limitado a ver aquel cargamento como un simple medio para atraer a su objetivo.

En cambio, tras conocer el origen de aquellas armas, era inevitable preguntarse sobre la naturaleza de estas y si estarían cometiendo la mayor imprudencia de su vida al involucrarse en ese asunto.



Summer lo supo. Lo supo desde el mismo momento en el que llegó allí, al principio de aquel pasillo que se disponía a inspeccionar. De forma inevitable sus músculos se tensaron, confundiendo aquel presentimiento con ese instinto natural que muchas veces le había salvado el cuello. Pero no sucedió nada. No se trataba de que estuviera en peligro. Y, sin embargo, estaba convencida de que allí había algo. Sus ojos, dirigidos por aquella corazonada, se posaron en uno de los contenedores que vislumbraba a lo lejos: un contenedor gris de dos por dos metros colocado solitario en la fila. Fue hasta él, notando cómo aquella sensación se acrecentaba. Cuando vio escrito en sus puertas el mismo código de identificación que buscaban, su desconcierto nubló cualquier atisbo de satisfacción.

Lo que sentía no era una simple intuición que guiaba sus pasos hasta allí. Aquella enorme caja metálica la intrigaba de una manera que no acertaba a comprender. Alzó la mano despacio, hasta tocar su superficie con las yemas de los dedos y, al hacerlo, fue presa de un escalofrío.

«¿Qué coño hay aquí dentro?».

De pronto, la voz de Zoe la distrajo, llamándola desde el inicio del pasillo:

—Summer, ¿lo has encontrado?

—Sí. Tráete una carretilla —le dijo, decidiendo que lo mejor era aparcar sus recelos por ahora y centrarse en sacar aquel trasto de allí cuanto antes.

Zoe se encaminó hacia un par de carretillas elevadoras aparcadas, al tiempo que pulsaba su auricular para darle la buena noticia a Will.

—Ya tenemos el contenedor —anunció sin poder evitar una sonrisa—. Esta vez te hemos ganado, tardón.

Lo que ella no sabía era que, si Will no le había dado la información solicitada, no había sido por no disponer de ella a tiempo, sino por la pistola que llevaba un rato apuntándole para que permaneciera inmóvil y en silencio. Su auricular le había sido arrebatado y estaba en poder de la misma persona que le tenía prisionero. Una mujer joven que ya conocía de anteriores, y no muy agradables, encuentros.

Su presencia allí y la de los tres hombres que la acompañaban, a los que había logrado ver a través de las cámaras de vigilancia, implicaba que la noche iba a sufrir un fatídico giro.

—¿Will? —le llamó Zoe al no obtener respuesta.

—Sí, perdona, Zoe —dijo él cuando la mujer le acercó el aparato para que pudiera contestar y no levantar sospechas—. He tenido un problemilla con la comunicación. ¿Qué pasa?

—Nada, que ya lo hemos encontrado.

—¿En serio? Menuda potra tenéis —comentó, y al notar el cañón del arma presionando sus partes íntimas, se excusó—: Bueno, tengo que cortar.

Zoe atribuyó su urgencia a algún cometido del que tenía que ocuparse y no le dio más importancia. Condujo la carretilla hasta el pasillo donde la esperaba Summer. Una vez allí, consiguieron entre las dos, no sin ciertas dificultades, alzar el contenedor y sacarlo de la fila.

—Ten cuidado ahora, no vayas a romper algo ahí dentro y acabemos todos convertidos en zombis —bromeó Summer.

—Eso, tú no me presiones —respondió la chica, desvelando su inquietud con una sonrisa nerviosa.

Mientras se dirigían hacia la entrada del almacén, Summer llamó a Akira para avisarle.

—Akira, ya lo tenemos. ¿Dónde está ese camión?

—¿Cómo? ¿Ya? —replicó este nervioso—. Traedlo rápidamente al primer muelle, estoy colocando el camión. No me hagáis esperar, ¿vale? Cuanto antes nos larguemos, mejor.

—Estamos en ello. Tómate una tila, ¿quieres?

Había tres muelles de carga en el almacén, los tres estaban numerados y cerrados con amplias puertas automáticas que se abrían deslizándose hacia el techo. Summer le hizo señas a Zoe para que detuviera la carretilla frente al muelle número uno y ella se acercó al cuadro de mandos que había en la pared junto a la puerta. Pulsó el botón de apertura, pero esta no se movió.

—Deben de tener desconectada la corriente —comentó Zoe, disponiéndose a bajar del vehículo—. Voy a mirar.

—No pierdas tiempo con eso —la disuadió Summer—. No hace falta.

Diciendo esto, tomó la puerta del asidero que había a la altura del suelo y tiró de ella hacia arriba, lo que provocó que el mecanismo emitiera un estridente chirrido al verse forzado. Fue entonces cuando su instinto le advirtió una vez más en lo que iba de noche.

Ahora sí sentía el peligro. Y, a juzgar por cómo se le había erizado el vello, desde los brazos hasta la nuca, era de los gordos.

Una mano apareció de forma inesperada, agarrando la puerta desde el exterior de la nave, y la subió de un empujón sin miramientos.

Las chapas que componían la hoja se doblaron como un acordeón. Summer retrocedió un paso mientras quedaba ensombrecida por la alta silueta del hombre que, alzándose ante ella, entraba al muelle de carga.

«El jodido Rayo Negro».

Summer no tenía enemigos, al menos de los que ella tuviera constancia. La razón era sencilla: no duraban demasiado con vida. Pero aquel tipo, Rayo Negro, era la excepción. Por méritos propios, había conseguido hacerse con el título de único y peor enemigo conocido. Aquel bastardo aparecía siempre que se traían entre manos algo importante. De hecho, sabían perfectamente que no era casualidad que aquello ocurriera, que aquel desgraciado y sus secuaces, mercenarios al igual que ellos, disfrutaban reventándoles los trabajos. Era el modo que tenían de librarse de la competencia. Y lo más irritante era que muchas veces lograban salirse con la suya.

Alzó la mirada para enfrentarse a aquellos ojos que, enmarcados por largos cabellos blancos, la observaban con un desprecio arrollador.

—Hijo de...

Un inesperado puñetazo aterrizó en su rostro, con tanta fuerza que salió disparada hasta estrellarse contra unos palés apilados en primera fila.

—Maldito engendro —masculló el recién llegado mientras contemplaba cómo la torre de mercancías se desmoronaba sobre su oponente caída—, cada vez que veo tu cara se me revuelve el estómago.





02 GODZILLA CONTRA GAMERA

Zoe, petrificada por la escena, se estremeció cuando Rayo Negro se giró hacia ella.

—Tira tu arma y sal de ahí.

La chica obedeció porque era lo más sensato. Al igual que Summer, aquel hombre poseía habilidades tan extraordinarias que llegaban a desafiar la lógica y contra las que no tenía nada que hacer. Bajó de la carretilla y se apartó de ella despacio. Comprobó que Rayo había venido acompañado de los tres miembros de su equipo y, todos vestidos con negras y elaboradas prendas de combate, se acercaban en ese instante a la puerta del muelle.

Uno de ellos, al que conocía por el sobrenombre de Neon, un joven de pelo corto rubio y de complexión delgada pero atlética, traía a Akira a punta de pistola y le obligó a colocarse junto a ella. Conor, un hombre afroamericano de imponente musculatura, se quedó junto a la cabina del camión. Y, por último, Irina, la única fémina del grupo, con su melena castaña sujeta con una bandana, salvó la altura del muelle de un pequeño salto.

—Pero si son los Wonderfulosos —comentó esta última, burlándose del rótulo de la furgoneta de sus enemigos—. ¿Sabéis qué...? Deberíais cambiar de tapadera más a menudo.

—¡Zorra, como le hayas hecho algo a Will...! —le espetó Akira.

Neon impidió que siguiera amenazando con un golpe en la parte posterior de la rodilla. Akira perdió el equilibrio y terminó postrado en el suelo, sintiéndose más impotente y furioso por momentos. Clavó la vista en el hombre al que culpaba de todas las desgracias que le habían ocurrido en el último año, empezando por la lesión de espalda que le había tenido fuera de combate varios meses y que aún le seguía pasando factura. En cambio, Rayo Negro, aquel cabrón que casi le condena a una silla de ruedas, examinaba el contenedor y ni siquiera se molestó en mirarle una sola vez. Como si no fuera más que un insecto que correteara por el suelo, fácil de ignorar, molesto pero insignificante.

Como en tantas otras ocasiones, juró de nuevo que un día se lo haría pagar.

Y entonces, a una velocidad vertiginosa, algo cruzó ante sus ojos y alcanzó a Rayo en el costado. No la distinguió hasta que no se hubo detenido. Era Summer, que volvía a la carga arrancándole una pequeña sonrisa de satisfacción.

Rayo Negro reaccionó a tiempo de detener el siguiente ataque, atrapando el puño de su rival con la mano.

—Atacando por la espalda, qué novedad.

—Vaya, ¿eso era tu espalda? —replicó Summer. Las llamas de sus pupilas prometían guerra.

Aprovechando la distracción que había creado su compañera, Zoe desarmó a Neon de una patada. Akira contribuyó con un barrido que logró mandarle al suelo. Irina no dudó en intervenir y, así,

los cuatro se enzarzaron en una pelea que, pese a la agresividad generada por el odio compartido, parecía una versión descafeinada de la que estaban teniendo Summer y Rayo. Estos se golpeaban con tal violencia que cada impacto resonaba por toda la nave.

Summer, con una técnica que había aprendido a las malas, lograba desenvolverse bastante bien ante la gran diferencia de estatura. Y mientras evitaba que los puñetazos de su oponente la estamparan de nuevo contra las mercancías del almacén, advirtió que Conor se acercaba para ayudar a sus compañeros y, en consecuencia, poner en apuros a los de ella.

Rápidamente, saltó de espaldas, encogiéndose el cuerpo en el aire para después lanzar ambas piernas en una patada que alcanzó de lleno el pecho de su enemigo. Rayo salió despedido hacia la entrada del muelle de carga, llevándose por el camino a Conor. Los dos hombres rodaron varios metros por el exterior del almacén.

Rayo Negro frenó clavando una mano en el pavimento y, al descubrir que aquel ataque había dejado sin sentido a uno de sus hombres, enrojeció de cólera.

—¡Putas asquerosas! —exclamó tras aterrizar de nuevo dentro del almacén—. ¡Acabas de joderla pero bien!

—Vamos, Rayo, yo no tengo la culpa de que estuviera en medio —se defendió ella—. Ni siquiera lo he visto con tu cuerpo de mastodonte delante.

Lejos de convencer a su enemigo, aquella excusa le enfureció aún más. Rayo exhaló un jadeo con tanta ira contenida que sonó como un gruñido. Extendió el brazo, con la palma abierta en dirección a Akira, que se encontraba peleando con Neon a pocos metros de ellos.

—¡No! —Al advertir sus intenciones, Summer le sujetó del brazo, desviándolo hacia arriba justo antes de que él descargara la particular energía a la que debía aquel sobrenombre. Una especie de relámpago, tan oscuro como la noche más cerrada, surgió de su mano y fue a estrellarse contra el techo del almacén, provocando un fuerte chasquido.

Akira y los demás se detuvieron en seco, mirándoles atemorizados. Eran conscientes de que se encontraban ante uno de esos momentos en los que de la decisión de aquellos dos dependía que se desencadenara o no una masacre.

Tras el primer ataque fallido, Rayo Negro apuntó de nuevo a Akira. Pero entonces se fijó en que la postura de su enemiga era un fiel reflejo de la suya, sólo que la persona que se interponía en la dirección que señalaba su palma, ahora incandescente, era Neon.

Desprendiendo un odio aún más temible que antes, los ojos de Rayo se clavaron en los de ella.

—¿Qué coño estás haciendo? Ojo por ojo, asúmelo.

—Lo que tú digas. —Por primera vez en aquel encuentro, no había el menor atisbo de burla en su expresión—. Espero que no les hayas cogido mucho cariño a estos pánfilos, porque no van a salir de esta.

El lugar se sumió en un silencio sofocante. Casi se podían percibir los acelerados latidos de aquellos cuatro, que, a pesar de ser sus vidas las que estaban en juego, no se atrevían ni a parpadear.

De repente, oyeron un ruido que casi les saca el corazón por la boca. Pero, por suerte, no se trataba del inicio del apocalipsis, sino de Conor, que se había subido de un salto al muelle de carga.

—¡Jefe, estoy bien! —El hombre fue a colocarse entre Rayo y sus compañeros—. Déjalo, no merece la pena.

—Haz caso al moreno, Rayo —le advirtió Summer sin dejar de observarle ni un segundo. Tenía que ser capaz de anticiparse a sus movimientos si llegaba el caso. Al ver que su enemigo bajaba por fin el brazo, se permitió suspirar con disimulo—. ¿Ves? Si es que nos ponemos tontitos por na...

No llegó a terminar la frase. Aprovechando que se hallaban próximos, Rayo giró sobre sí mismo y descargó sobre ella toda la energía que había acumulado. Summer fue arrollada por aquel torrente y la arrojó fuera del almacén, atravesando una de las ventanas que se encontraban unos metros por encima de los muelles.

Akira y Zoe presenciaron cómo su compañera salía propulsada cual misil y desaparecía de su vista en una exhibición de lo que era capaz aquel bestia que la tenía tomada con ellos. Para terminar de empeorar las cosas, acababan de quedarse indefensos ante él. De ahí que, cuando Rayo se volvió a mirarlos, palidieceran. Akira sólo supo reaccionar cogiendo a Zoe de la muñeca para colocarla tras él. Un gesto al que su enemigo respondió con una ligera sonrisa de prepotencia.

Pero, en lugar de tomar represalias contra ellos, Rayo se dirigió a sus hombres:

—Encargaos de estos gilipollas y cargad ese contenedor en el camión. Avisadme por radio cuando esté hecho —ordenó, y salió tras su enemiga.



